

La fábrica del patrimonio. Apertura y extensión del corpus patrimonial: del gran monumento al objeto cotidiano

Nathalie Heinich

Traducción de la introducción al libro *La fabrique du patrimoine* de Nathalie Heinich
Traducción al español de

Diana Carolina Ruiz

Andrés Ávila Gómez

Hace cuarenta años, la palabra “patrimonio” no existía en el sentido en el cual la entendemos hoy en día, al menos en lo que respecta al gran público: esta palabra no aparecía sino en algunas pocas circulares administrativas¹. Por otra parte, el “Inventario general de monumentos históricos y de riquezas artísticas de Francia” –en otras palabras: inventario del patrimonio–, denominación propuesta por el historiador del arte André Chastel y adoptada por el ministro André Malraux en el momento de ser creado en 1964 el servicio del Inventario, nos parece, al día de hoy, una pesada perífrasis heredada del siglo XIX.

Las cosas se precipitaron a partir de los años 1970: después de la votación en 1972 en la Unesco a favor de una convención para la protección del patrimonio mundial, 1975 fue designado como el “año europeo del patrimonio”; tres años más tarde fue creada en el seno del Ministerio de la Cultura la flamante “Dirección del Patrimonio”; y en la década siguiente, 1980 fue declarado el “año del patrimonio”. Hoy en día no pensamos ya en los usos del término, que ha llegado a ser familiar para todos. Y más allá de la semántica, la economía es testimonio de cómo la cuestión en sí misma –y examinaremos a lo largo de este libro dicha “cuestión”– no es un asunto menor: el sector del patrimonio puede generar en Francia no menos de 44.000 empleos directos (Grefe, 2003).

De los monumentos al patrimonio

En un inicio se hablaba principalmente de “monumento”. Pero, ¿a cuál inicio nos referimos? Los especialistas están de acuerdo en ubicar la historia del patrimonio en tiempos de la Revolución [Francesa], cuando, luego de la destrucción de los símbolos de la aristocracia y de la Iglesia fue creada, en 1790, una “Comisión de monumentos”, seguida a su vez, en 1794, por el “Informe sobre las destrucciones operadas por el vandalismo y sobre los medios de reprimirlo”, establecido por el abad Grégoire, inventor, así, del término vandalismo (“Yo creé la palabra para matar la cosa”, escribió)².

1. Según André Desvallées (1995), la palabra “patrimoine” fue adoptada progresivamente en los años 1960-1970, después de haber sido utilizada en la definición de misiones del Ministerio de Asuntos Culturales de André Malraux, probablemente por funcionarios que ejercían funciones en la Unesco [N. del A.]

2. Ver especialmente Leniaud (2002); Poulot (1985, 1986, 1997, 2001) [N. del A.]

Ethnologie de la France

NATHALIE HEINICH

La fabrique du patrimoine



« De la cathédrale

à la petite cuillère »

Éditions de la Maison des sciences de l'homme

Ilustración de la portada: Jean-Marc
Dumont, Borne to be blind, 2009.

La fábrica del patrimonio. Apertura y extensión del corpus patrimonial: del gran monumento al objeto cotidiano

The Factory of Heritage. Opening and Extension of Patrimonial Corpus : from the Great Monument to the Everyday Object

Patrimônio de fábrica. Abertura e extensão do corpus patrimonial: o grande monumento ao objeto cotidiano

Nathalie Heinich* (Marsella, 1955)

Socióloga, directora de investigación en el Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS); miembro del Centro de Investigaciones sobre las Artes y el Lenguaje (CRAL) en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) en París; es miembro asociada del Laboratorio de Antropología y de Historia sobre la Institución de la Cultura (LAHIC) del Ministerio de la Cultura, el EHESS y el CNRS.

Doctora del EHESS (1981) y titular de un HDR (Habilitación para Dirigir Investigaciones, en 1994), es especialista en la sociología de las profesiones artísticas y de las prácticas culturales y la epistemología de las ciencias sociales. Ha publicado una treintena de obras, de las cuales 12 han sido traducidas en 15 idiomas: italiano (5), español (4), portugués (4), japonés (4), coreano (3), chino (3), alemán (2), polaco (2), turco (2), inglés (1), holandés (1), ruso (1), croata (1), árabe (1). Cofundadora de la revista *Sociologie de l'Art* y miembro de su comité editorial; vicepresidente del Comité de investigaciones en Sociología del Arte, de la Asociación Internacional de Sociólogos de Lengua Francesa (AISLF).

Traducción

Diana Carolina Ruiz
karorr2002@gmail.com
Université Paris-Sorbonne / Paris IV
Andrés Ávila Gómez
andresavigom@gmail.com
Université Paris 1 / Panthéon-Sorbonne

Resumen

El texto que se presenta corresponde a la introducción del libro *La fabrique du patrimoine*. “*De la cathédrale a la petite cuillère*” escrita por la autora del mismo, que hace una reflexión en torno al concepto de patrimonio y todo lo que representa en la actualidad. En estas líneas se hace una síntesis de lo que implica en nuestro tiempo el concepto y su extensión, producto de la inclusión de obras, ya sean valiosas por su singularidad o por efecto de una extensión topográfica, que supera la mirada de la arquitectura y el urbanismo para comprender los territorios y toda una serie de expresiones que le otorgan significados particulares. La autora retoma afirmaciones de diferentes historiadores que identifican la década de los ochenta del siglo XX como la oleada patrimonial, en las que se da mayor importancia a la memoria y se aproximan al límite de “todo es patrimonio”. El enfoque crítico hacia esta noción permitirá abrir un debate relacionado con factores identitarios, escalas de representatividad que dan cuenta de la diversidad de los pueblos.

Palabras clave: patrimonio cultural; monumentos históricos; momentos antiguos; valor de conmemoración; valor histórico; valor de antigüedad

Abstract

The text presented corresponds to the introduction of the book *La fabrique du patrimoine*. “*De la cathédrale a la petite cuillère*” by the same author who reflects on the concept of heritage and all it stands today. In these lines, a synthesis of what is involved in our times the concept and its extension as a result of the inclusion of works, whether they are valuable for their uniqueness, or effect of a topographic extension that exceeds the look of architecture and urbanism to understand the territories and a range of expressions that give particular meanings. The author takes up claims of different historians who identify the eighties of the twentieth century as the equity surge, giving more importance to memory and approaching the limit of “everything is heritage”. Critical to this notion, approach will open a debate regarding identity factors, scales of representation that account for the diversity of peoples.

Keywords: cultural heritage; historical monuments; ancient monuments; commemorative value; historical value; ancient value

Resumo

O texto apresentado corresponde à introdução do livro *La fabrique du patrimoine*. “*De la cathédrale a la petite cuillère*” com o mesmo autor que reflete sobre o conceito de patrimônio e tudo o que está hoje. Nestas linhas, uma síntese do que está envolvido em nossos tempos o conceito e sua extensão, como resultado da inclusão de obras, se eles são valiosos para a sua singularidade, ou o efeito de uma extensão topográfica que excede o olhar da arquitetura é feita e urbanismo para compreender os territórios e uma gama de expressões que dão significados particulares. O autor retoma reivindicações dos diferentes historiadores que identificam os anos oitenta do século XX como o aumento equidade, dando mais importância à memória e se aproximando do limite do “tudo é herança”. Crítica a esta noção, a abordagem vai abrir um debate sobre fatores de identidade, escalas de representação que representam a diversidade dos povos.

Palavras-chave: patrimônio cultural; monumentos históricos; monumentos antigos; valor comemorativo; valor histórico; valor antigo

doi:10.11144/Javeriana.apc27-2.fpae

Traducción de libro - Artículo de Reflexión

* Para más información sobre la autora, ver: <http://cral.ehess.fr/index.php?965>

Recepción: 25 de enero de 2014

Aceptación: 28 de mayo de 2014

Disponibile en línea: 10 de diciembre de 2015



La generación siguiente fue testigo de la creación del primer cargo de inspector de monumentos históricos, confiado en 1830 a Ludovic Vitet; más tarde, de los primeros inventarios gracias a las giras de inspección efectuadas en las provincias francesas entre 1834 y 1860 por Prosper Mérimée (Fermigier, 1986); y en 1837, de la constitución de una comisión de monumentos históricos, testimonio de la institucionalización de una erudición que presencia igualmente la creación en 1824 de la Sociedad de Anticuarios de Normandía, en 1833 de la Sociedad de Historia de Francia, y en 1834 de la Sociedad Francesa de Arqueología.

Después de estas primeras tentativas de administración, llegaría el marco jurídico: en 1887 una ley instauró la clasificación a título de monumentos históricos –efectuado por el ministro de la Enseñanza Pública y de las Bellas Artes–, de aquellos “inmuebles por naturaleza”, “inmuebles por destinación” y “bienes muebles” pertenecientes a personas públicas o privadas, cuya conservación podía representar un “interés nacional” desde el punto de vista histórico o

artístico³. Dicha ley fue sustituida por la Ley de 1913, la cual constituía una especie de carta de monumentos históricos, que introducía, junto a la “clasificación”, un nivel menos elevado de protección denominado “inscripción al inventario suplementario de monumentos históricos”: la Ley de 1913 integraba plenamente los bienes muebles, y lo más importante, autorizaba la clasificación de oficio (sin el consentimiento del propietario), por lo cual la noción de “contrato” cedía en adelante su lugar a la de “servidumbre de utilidad pública”.

Otras disposiciones administrativas y jurídicas no tardaron en complementar la ley de 1913: creación en 1914 de la Caja nacional de monumentos históricos –con sede en el hôtel de Sully–; establecimiento en 1921 de un derecho de retracto del Estado sobre toda venta pública; establecimiento de la protección de sitios históricos en 1930, de excavaciones arqueológicas en 1941, de áreas adyacentes en 1943, de colecciones científicas en 1946, de sectores salvaguardados en 1962, de reservas naturales en 1976, de archivos en 1979, de patrimonio etnológico en 1980; creación en 1983 de “Zonas de protección de

Figura 1:
Opéra Garnier
Vista de la fachada posterior de la Opera Garnier (Opera de Paris).

Fotografía:
Andrés Avila

3. “La ley plantea como principio que el inmueble clasificado no podrá ser destruido, ni siquiera en parte, ni podrá ser objeto de trabajo alguno de restauración sin el consentimiento del ministro, y prevé sanciones civiles en caso de no cumplimiento de la regla. Prevé también la clasificación de oficio de bienes pertenecientes a comunidades públicas si aquellas se empeñan en rechazar la clasificación, esto, mediante decreto del Consejo de Estado” (Sire, 2005). Ver también Dussaule (1974) [N. del A.]

patrimonio arquitectónico y urbano” (ZPPAU), de “Comisiones regionales de patrimonio histórico, arqueológico y etnológico” (COREPHAE), así como de un Colegio regional de patrimonio y de sitios históricos en 1984 –estos dos organismos regionales fueron reemplazados en 1997 por una sola comisión: la Comisión regional de patrimonio y de sitios históricos (CRPS). En 1996 fue creada la Fundación del patrimonio, asociación regida por la ley de 1901, con el objetivo de preservar el pequeño patrimonio no protegido. A partir de 2005 (según decretos de 2004), dos subdirecciones del Ministerio de la Cultura tienen que ver con el patrimonio, en el seno de la Dirección de Arquitectura y del Patrimonio (DAPA): la de “Monumentos históricos y Espacios protegidos”, y la de “Arqueología, Etnología, Inventario y del Sistema de información”.

Lo citado hasta aquí basta para sugerir la espectacular extensión de la noción de patrimonio durante el siglo XX, la cual amerita ser resumida en sus múltiples aspectos.

Extensiones

La extensión del patrimonio fue, en primer lugar, cronológica: de las obras de la Antigüedad red-

cubiertas en el Renacimiento, se pasó a aquellas de la Edad Media rehabilitadas en el siglo XIX bajo el impulso de Viollet-le-Duc, y más tarde a las producciones del periodo moderno y del contemporáneo (la Ley de 1913 contaba apenas con una decena de monumentos del siglo XIX, y la Ópera Garnier fue clasificada en su totalidad apenas en 1923). Sin embargo, estas últimas producciones fueron tenidas en cuenta por la última generación, que aún dudaba en hacerlo, en medio de resistencias más o menos violentas: numerosas obras de los siglos XIX y XX fueron destruidas, o bien a nombre de un imperativo de modernización, o bien a nombre de exigencias dadas por el “buen gusto” (o de las dos a la vez). Y si el Grand Palais o la Gare d’Orsay escaparon por muy poco a su demolición, en cambio los pabellones de Baltard en los Halles fueron destruidos al comenzar la década de 1970; y en cuanto a la Torre Eiffel, esta no fue clasificada sino hasta 1964 (Sire, 2005, p. 64). Tal parece que el *terminus ad quem* –el límite de aceptación de obras– no ha cesado de desplazarse en un movimiento de apertura hacia el presente: para encauzar este movimiento, la Comisión Superior de Monumentos Históricos decidió, en 1950, que serían aceptadas las obras de aquellos autores nacidos únicamente hasta un

Figura 2:
Palais d’Iéna
Vista del Palais d’Iéna,
sede del Conseil
économique, social
et environnemental
(anteriormente:
Musée national des
Travaux publics).
Fotografía:
Andrés Avila



siglo antes [1850] (regla transgredida sin embargo en aquel momento, en beneficio de la capilla de Ronchamp de Le Corbusier, de los edificios de Auguste Perret o del *Palais idéal du facteur Cheval*, que fue clasificado como monumento histórico en 1969 al término de una batalla encarnizada llevada hasta la Cámara de Diputados; luego se aplicaría el principio según el cual no se protegería una obra artística de un autor aún vivo (Untermaier, 1986). El proceso de aculturación de los expertos ante el fenómeno de la arquitectura moderna, acentuó aún más los riesgos de transgresión de aquello que podría llamarse un “principio de precaución estética”, diametralmente opuesto a un “principio de precaución patrimonial”, el cual incitaría a extender la política de protección hacia todo lo existente.

La extensión fue además topográfica: debido a los efectos de la modernización (urbanización creciente, construcción de carreteras, etc.), y de la expansión del turismo, el monumento vio crecer su valor más allá de sus propiedades intrínsecas –derivadas de la historia del arte– para englobar la calidad de su entorno, el encanto de sus alrededores, la autenticidad del paisaje circundante. Es así como a partir de 1930, las áreas adyacentes, los sitios históricos y los sectores urbanos han sido sucesivamente designados para la protección aunque estos no fuesen monumentos en sí mismos. Luego, más allá de los paisajes, fue la naturaleza misma –y ya no solamente los objetos producidos por el hombre– la que se convertiría desde los años 1970 en un bien patrimonial, cuando la noción de “patrimonio natural” apareció en las convenciones internacionales.

La tercera extensión de la noción aborda el tema de las categorías: esta extensión consistió en abrir la categoría “monumento histórico” ya no solo para los monumentos prestigiosos (palacios, iglesias, grandes obras de arte) sino también para obras más valiosas por su singularidad que por su identificación con los cánones de la estética tradicional –tal fue el caso del *Palais idéal du facteur Cheval*–. O por todo lo contrario, es decir, por su valor en tanto testimonio de la vida cotidiana tradicional, de los transportes, del comercio o de la industria: fincas y estancias agrícolas, fuentes, lavaderos, cruces de caminos, molinos, hornos, instrumentos de artesanía rural, o incluso plazas de mercado, cafés, salas de cine o de teatro, decorados de almacenes, elementos de mobiliario urbano, letreros, estaciones, minas

o fábricas (así aparecieron los “ecomuseos” en la década de 1970). Todo esto representa aquello que a menudo denominamos “nuevo patrimonio” y que debe su aparición a la acción de asociaciones locales (Glevarec y Saez, 2002) apoyadas por los poderes públicos a partir de 1980: en esa década fue creada una unidad del Ministerio de la Cultura encargada de concebir una política para el patrimonio industrial (Fabre, 2000, p. 3), y en 1981 el Senado abrió una línea presupuestal para subvencionar el “patrimonio rural no protegido” por la Ley de 1913 (Lamy, 1992, p. 140).

En el mundo académico el auge del nuevo patrimonio llegó por la penetración de la historia del folclor tanto en la arqueología como en la historia del arte, tras la creación, durante el último cuarto del siglo XIX, de los primeros museos consagrados a la cultura campesina. Hoy en día el interés de los etnólogos por el estudio y la conservación de las prácticas de nuestra propia cultura alimenta este reciente movimiento de “patrimonialización”⁴ a todos los niveles, de lo cual da fe la creación, a comienzos de la década de 1980, de la “Misión del Patrimonio etnológico” en el seno de la Dirección de Patrimonio del Ministerio de la Cultura⁵. Poco después aparecerían las primeras medidas de patrimonialización de la gastronomía (Csergo, 1997). Por último, la noción de “lugares de memoria”, surgida en los años 1980 gracias a los trabajos del historiador Pierre Nora, se materializó rápidamente con la protección de residencias que reflejaban “el carácter o el modo de vida de hombres y mujeres que habían alcanzado la celebridad y que pertenecían a la historia nacional”: tal es el caso de las casas de Bonaparte en Ajaccio, de Clemenceau en Moret-sur-Loing, del Mariscal Foch en Tarbes, de Gambetta en Sèvres, del General de Gaulle en Lille, o de la habitación de Van Gogh en el hostel Ravoux en Auvers-sur-Oise, “clasificado en 1987, con el conjunto de su mobiliario, incluida su lámpara de petróleo” (Sire, 2005, pp. 76-77).

Esta extensión de la categoría se ve reflejada en las estadísticas sobre edificios protegidos: los monumentos históricos en su acepción tradicional (arquitectura militar, *manoirs* y castillos) pasaron de un 86% en 1962 –sobre un total de 74 clasificaciones y 214 inscripciones– a un 30% en 1982 –sobre un total de 123 clasificaciones y 268 inscripciones–.

Su espectacular descenso en valor relativo se debió al creciente interés por la arquitectura

4. Retomamos aquí la definición del término propuesta por Pascal Dibie: “La patrimonialización, invención de los conservadores (entendido en todos los sentidos) apoyados por gestores y asesorados por antropólogos, es aquel proceso por el cual un colectivo humano procura conservar el pasado en su estado, o a recuperarlo con el objeto de coleccionarlo, o dicho de otra manera, de ponerlo en evidencia” (Dibie 2006: 101) [N. del A.]

5. Desde 1979 había sido implementada la comisión de prefiguración del Consejo del Patrimonio Etnológico, bajo la responsabilidad entre 1984 y 1988 de Isac Chiva (Fabre, 1986, 2000) [N. del A.]

6. “Interesándose en objetos, edificios, vestigios a veces muy modestos, pero igualmente en vastos conjuntos que son testimonio del urbanismo de ayer, los servicios del Inventario limitados en su acción a la referenciación y al estudio, han contribuido a ensanchar en la práctica, aún más el campo de aplicación del valor monumental” (Fabre, 2000: 5) [N. del A.]

7. “El Estado es propietario solo del 4% de los monumentos (catedrales, palacios nacionales, castillos adquiridos o recibidos en donación), mientras que las comunas poseían más del 43%, las demás colectividades territoriales y las instituciones públicas independientes como el Institut de France cerca del 3%, y los propietarios privados el 50%. El patrimonio está, además, repartido sobre todo el territorio ya que el 68% del parque de monumentos clasificados se encuentran diseminados entre las casi 35.000 comunas de menos de 5.000 habitantes” (Sire, 2005: 85) [N. del A.]

8. Entre otras: *Monuments historiques, Monumental, Cahiers de l'Ecole nationale du patrimoine, Patrimoine, In Situ...* [N. del A.]

9. Especialmente las publicaciones de la colección *Actes des Entretiens du Patrimoine* (Fayard, Editions du Patrimoine); *Science et conscience du patrimoine* (Pierre Nora, 1994); *Patrimoine, temps, espace* (François Furet, 1996); *Patrimoine et passions identitaires* (Jacques Le Goff, 1997); *L'abus monumental?* (Régis Debray, 1999); *Ville d'hier, ville d'aujourd'hui en Europe* (François Loyer, 2001); *Le regard de l'histoire* (Henry Rousso, 2003) [N. del A.]

religiosa –de un 6% a un 25%–, por la arquitectura rural, largamente condenada a la invisibilidad –del 0% a un 17%–, por los conjuntos urbanos –de un 3% a un 15%–, y por la arquitectura industrial, tenida en cuenta únicamente por la última generación –de 0% a un 5,5%–, mientras que la Antigüedad y la prehistoria mantuvieron una proporción más o menos constante –entre un 6% y un 8%– (Agnus y Zadora, 1987). En lo que respecta a los bienes muebles, en 2004 se estimaba que la base de datos del Ministerio de la Cultura contenía más de 10.000 objetos de arte clasificados a título de monumentos históricos.

Por último, la cuarta y última extensión de la categoría “monumento histórico” fue de orden puramente conceptual, al tocar el principio fundamental de la calificación del objeto. Efectivamente, de la lógica del *unicum*, que se centra exclusivamente en las obras únicas y excepcionales –así, los primeros monumentos subvencionados en 1840, fueron la Abadía de Silvacane, el Palacio de Jacques Cœur en Bourges, las murallas de Aigues-Mortes, el Puente del Gard, la Iglesia de Montmajour–, se pasó a la lógica del *typicum*, que incluye elementos de una serie, de un conjunto o incluso de un contexto. El valor del objeto subyace entonces no tanto en cuanto a su rareza o su unicidad como sí en su especificidad, porque esta agrupa las propiedades características de su categoría. Aunque es aplicada sobre todo en el dominio científico del inventario, la lógica del *typicum* permite, por ejemplo, proteger –con la clasificación pero sobre todo con la inscripción– una *maison à colombages*, un decorado de boutique o una granja antigua. Es, además, a partir del servicio del inventario, que la extensión de los procesos de patrimonialización –sea esta cronológica, topográfica, conceptual o de categorías– se hizo de manera manifiesta, particularmente con la reforma de 1991⁶.

De esta manera, la última generación ha presenciado una espectacular extensión de la noción de monumento histórico, la cual se acerca mucho a aquella, más general, de “patrimonio” –noción que se ha ampliado hasta el punto de terminar designando “el conjunto de objetos que han perdido su valor de uso” (Leniaud, 2007). En 2007, se llegó a un total de más de 43.000 monumentos protegidos (de los cuales 14.900 estaban clasificados y 28.300 estaban inscritos), con un promedio anual de 140 clasificaciones, mientras que en los primeros años –de 1836 a 1840– no se

produjeron sino 13 clasificaciones⁷. Como afirma el historiador François Hartog: “En el transcurso de aquellos años [1980], la oleada patrimonial, en la misma línea que aquella de la memoria, tomó cada vez más importancia hasta aproximarse al límite que sería el ‘todo-es-patrimonio’. Al igual que se anuncian o se reclaman memorias de todo, todo sería patrimonio o susceptible de convertirse en él. La misma inflación parece reinar. La patrimonialización o la museificación han ganado, acercándose cada vez más al presente. Se ha debido incluso estipular, por ejemplo, que ‘ninguna obra de un arquitecto vivo podría legalmente ser considerada como monumento histórico’. Existe allí el indicio bien claro de un presente que se historiza a sí mismo” (Hartog, 2003, p. 85).

Esta inflación, presente en todos los niveles del corpus patrimonial, se ha acompañado, lógicamente, de una inflación editorial igualmente espectacular: a partir de 1980 son incontables las revistas⁸, coloquios⁹, tesis, artículos, y por supuesto, las obras consagradas al patrimonio (Poulot, 2006).

Internacionalización

El fenómeno no es solamente francés: la necesidad de proteger los “monumentos históricos”, y más tarde el “patrimonio”, saltó a la escena en el plano internacional desde el periodo de entreguerras: la Sociedad de Naciones organizó en 1931, en Atenas, el primer Congreso Internacional de Arquitectos y Especialistas de Monumentos Históricos, el cual daría lugar a la elaboración de una carta, la cual precedió a la Carta de Venecia de 1964, que ampliaba la noción de monumento histórico a una nueva noción de sitio. También, en 1964, fue fundado el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (Icomos) auspiciado por la Unesco, el cual emprendió en 1972 un inventario del patrimonio mundial gracias a una convención para la protección del patrimonio mundial, cultural y natural ratificada por cerca de un centenar de Estados: esta había sido precedida, a su vez, en 1970, por una convención sobre las medidas a tomar para prohibir e impedir la importación, exportación o transferencia ilícitas de bienes culturales. Después encontramos, en 2001, una convención sobre la protección del patrimonio cultural subacuático; en 2003, una convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial; y en 2005, una convención para la

La inflación editorial

Citamos aquí solo algunas de las obras y artículos influyentes durante el periodo 1980-2000:

- 1980: Marc Guillaume. *La Politique du Patrimoine* (Galilée).
Jean-Pierre Babelon, André Chastel. “La notion de patrimoine” (*Revue de l’Art*).
Jacques Rigaud. “Mémoire collective et patrimoine architectural” (*Monuments Historiques*).
- 1982: Max Querrien. *Pour une politique du patrimoine. Rapport au ministre de la Culture* (La Documentation française).
- 1984: traducción de Aloïs Riegl. *Le Culte moderne des monuments: son essence et sa genèse*, [1903] (Editions du Seuil).
- 1985: Jean-Pierre Bady. *Les Monuments historiques en France* (PUF, Que sais-je?).
Jean-Pierre Rioux. “L’Émoi patrimonial” (*Le Temps de la réflexion*).
- 1986: André Chastel. “La notion de patrimoine”, in Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire* (Gallimard).
Yves Jégouzo (dir.). *Droit du patrimoine culturel immobilier* (Economica)
- 1990: Henri-Pierre Jeudy (dir.). *Patrimoines en folie* (Ministère de la Culture et de la Communication / Editions de la Maison des sciences de l’homme).
- 1992: Jean-Ives Andrieux. *Le Patrimoine industriel* (PUF).
Françoise Choay. *L’Allégorie du patrimoine* (Editions du Seuil).
Jean-Michel Leniaud. *L’Utopie française. Essai sur le patrimoine* (Mengès).
- 1994: Françoise Dubost. *Vert patrimoine. La constitution d’un nouveau domaine patrimonial* (Ministère de la Culture et de la Communication / Editions de la Maison des sciences de l’homme).
- 1996: Yvon Lamy. *L’Alchimie du patrimoine. Discours et pratiques* (Editions de la MSHA).
Jean-Marie Poli. *La Protection des biens culturels meubles* (LGDJ).
- 1997: Pierre Nora (dir.). *Science et conscience du patrimoine. Entretiens du patrimoine* (Fayard / Editions du Patrimoine).
Dominique Poulot. *Musée, nation, patrimoine* (Gallimard).
- 1998: Roland Recht. *Penser le patrimoine. Mise en scène et mise en ordre de l’art* (Hazan).
- 1999: Régis Debray (dir.). *L’abus monumental. Entretiens du patrimoine* (Fayard / Editions du Patrimoine).
- 2000: Daniel Fabre (dir.). *Domestiquer l’histoire. Ethnologie des monuments historiques* (Ministère de la Culture et de la Communication / Editions de la Maison des sciences de l’homme).

protección y la promoción de la diversidad de expresiones culturales.

En el plano internacional, la extensión de la noción de patrimonio hacia una dimensión “inmaterial”, justifica que nos detengamos un poco en este punto, por cuanto aquella resulta cuando menos paradójica. Aquello que en inglés se conoce como *intangible cultural heritage* comprende, según el artículo 2 de la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial (en vigor desde 2006 y cuyas primeras inscripciones estaban previstas para 2009), “las prácticas, representaciones, expresiones, conocimientos y *savoir-faire* –así como los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales a los cuales están asociados– que las comunidades, los grupos –y en algunos casos los individuos– reconocen como partes constitutivas de su patrimonio cultural. Dicho patrimonio, trans-

mitido de generación en generación y recreado permanentemente por las comunidades o grupos en función de su entorno, de su interacción con la naturaleza y su historia, proporciona un sentimiento de identidad y continuidad que contribuye a promover el respeto por la diversidad cultural y la creatividad humana”. En la lista de “noventa obras maestras del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad”, encontramos, por ejemplo, el carnaval de Binche en Bélgica, el Ballet real de Camboya, el canto polifónico georgiano, el teatro sanscrito Kutiyattam, el espacio cultural de la plaza Jemaa el-Fna en Marruecos, las fiestas indígenas dedicadas a los muertos en México, el sistema de adivinación Ifa en Nigeria, las danzas y discursos cantados en Togo, la fabricación de tejidos de corteza en Uganda, los dibujos sobre arena en Vanuatu... (Bortolotto, 2007; Ciarcia, 2006).



Figura 3:
Palais idéal du
facteur Cheval
Palacio ideal del cartero
Cheval, en Hauterives
Fotografía:
 Emmanuel Georges –
 Copyright Coll Palais
 Idéal Emmanuel Georges

10. Sobre el paso del folclor a la etnología ver especialmente Jeannot (1988) [N. del A.]

11. La definición dada por la Unesco al patrimonio cultural es la siguiente: “Antigüedades, objetos de colección, servicios de museos, servicios de archivos (documentos, grabaciones de manifestaciones de patrimonio cultural inmaterial, etc.), servicios de conservación de sitios históricos y de monumentos; servicios ligados a la salvaguardia y a la transmisión de rituales, relatos, cuentos, etc.” [N. del A.]

Centrado inicialmente sobre la tradición oral, el espectáculo tradicional y los rituales, este “patrimonio cultural inmaterial” aparece como una versión modernizada de lo que ha dejado de llamarse “folclore” –palabra caída en desgracia entre los etnólogos¹⁰. En la búsqueda por la protección de bienes imponderables como las ceremonias, los cantos o las costumbres, a través de la catalogación/clasificación o la subvención, el legislador se encuentra atrapado en una contradicción irreductible que oscila entre la lógica patrimonial de la intemporalidad o de la perennidad que pretenden hacer perdurar ciertos bienes en el largo plazo, y la lógica práctica del resultado, constitutivamente contextual, procesal y efímero. El dispositivo patrimonial es adaptado a objetos, a imágenes, a inscripciones –en otras palabras, a las artes “autográficas”, en el sentido dado por el filósofo norteamericano Nelson Goodman–, tanto así, que dicho dispositivo logra difícilmente integrar prácticas en situación cuya autenticidad reside precisamente en el carácter contextual y efímero de su resultado –como sucede con las artes “alográficas” (Goodman, 1990 [1968]).

Esa contradicción supone algunos problemas de presentación y sobre todo de definición del “patrimonio inmaterial”, mal reproducido en

fotografía o película, y mucho menos en texto, en tanto este patrimonio no puede, por definición, ser museificado –salvo al reducirse a simples testimonios materiales de las prácticas en cuestión, en la perspectiva ya clásica de un “museo de artes y tradiciones populares”. Entre el proceso de “salvaguardia”, que implica catálogos, edificios y directrices administrativas¹¹, y la “inmaterialidad” de los bienes implicados que trae consigo procesos inestables y forzosamente evolutivos, existe solo una incompatibilidad, al menos, si una tensión inherente que hace del patrimonio cultural inmaterial un paso hacia el límite en el proceso internacional de extensión conceptual de la noción de patrimonio.

En estas condiciones, no es nada sorprendente la extrema variedad de definiciones de “patrimonio” según cada país, tal y como lo revela un sondeo europeo realizado en 2007 por el instituto IPSOS:

Los Franceses identifican el patrimonio sobre todo con los monumentos históricos (63%), muy por delante de la historia y los modos de vida (48%), la literatura (19%), la filosofía y los grandes corrientes de pensamiento (14%) [...]. Los Alemanes por el

contrario, privilegian la historia y los modos de vida (52%) antes que los monumentos históricos (38%), seguidos por la literatura (27%) y la música (22%). Los Húngaros ubican la arquitectura en primera línea (51%), a continuación la historia y modos de vida (43%), y luego la literatura (25%), la música (28%) y la pintura (19%). Sorprende el caso de Italia, donde aparece en primer lugar su rico patrimonio construido pero apenas con un 38%, y en un orden disperso, la música (18%), la arqueología (16%) y la pintura (16%). Los Finlandeses, prestando poca atención a la arquitectura (28%), prefieren asimilar el patrimonio a la historia y modos de vida (42%), así como a la literatura (26%) y a la música (23%)¹².

El culto moderno del patrimonio

Según una encuesta realizada periódicamente por el Ministerio de Cultura acerca de las prácticas culturales, el 71% de los franceses interrogados en 1997 declararon haber visitado un monumento histórico a lo largo de su vida, y un 30% durante los doce meses anteriores –en 1981 fueron un 32% y en 1989 un 28%–, es decir, casi tanto como la visita a museos (Donnat, 1998).

En 1995, los monumentos históricos recibieron un total de 15 millones de visitas, y de ellas más de 4 millones fueron para la Torre Eiffel, seguida de Versalles, el Louvre, el castillo de Chenonceau, el Arco del Triunfo, el Monte Saint-



Michel, las torres de Notre-Dame, el castillo de Chambord y la Santa Capilla (Davallon, 1991).

¿Por qué, entonces, tal interés por el patrimonio, en el mundo contemporáneo? Responder a esta cuestión exige comenzar por distinguir las diferentes categorías de valores implicados en el patrimonio, y por lo tanto, las diferentes categorías de objetos patrimoniales.

Esto fue lo que hizo en su época el historiador austriaco del arte, Alois Riegl, interesado particularmente en el “culto moderno de los monumentos”: al señalar la posibilidad de considerar como monumentos históricos tanto aquellos edificios cuya función era inicialmente simbólica (arcos de triunfo), como también aquellos edificios utilitarios pero de dimensión monumental

Figura 4:
Palais idéal du facteur Cheval
Visitas escolares al Palacio ideal del cartero Cheval
Fotografía:
Emmanuel Georges –
Copyright Coll Palais Idéal Emmanuel Georges



Figura 5:
Palais idéal du facteur Cheval
Concierto nocturno en frente del Palacio ideal del cartero Cheval
Fotografía:
Emmanuel Georges –
Copyright Coll Palais Idéal Emmanuel Georges.

12. Le Monde, 20 de marzo de 2007 [N. del A.]



Figura 6:
Bassin d'Apollon
 (Château de Versailles)
Perspectiva del Palacio
de Versailles desde la
fuelle de Apolo
Fotografía:
 Andrés Avila.

(castillos, palacios), u objetos construidos con un propósito práctico pero investidos luego de algún tipo de valor estético o histórico (como por ejemplo: puentes, lavaderos u hornos que hoy en días están “clasificados”). Riegl propuso dividir los monumentos en tres categorías. Los más específicos y considerados como tal desde un principio son los *monumentos intencionales*, “obras destinadas por la voluntad de sus creadores a conmemorar un momento preciso o un acontecimiento complejo del pasado”. Los *monumentos históricos* son más difíciles de reconocer por cuanto son susceptibles de ser catalogados como tales posteriormente a su producción material, siendo aquellos que “remiten a un momento específico, pero cuya escogencia es determinada por nuestras preferencias subjetivas”. Finalmente, definidos de manera reciente y aún más extensiva, encontramos los *monumentos antiguos*, que comprenden “todas las creaciones del hombre, independientemente de su significación o de su destinación original, con tal de que estas testimonien de forma evidente el hecho de haber sufrido el paso del tiempo”.

De esta manera, sobresalen tres grandes tipos de valores, de los cuales ninguno es propiamente estético: el valor de conmemoración –o como se diría hoy en día, de “memoria”–, el valor histórico¹³ y el valor de antigüedad¹⁴. La importancia reconocida a dichos valores varía de acuerdo con la evolución histórica del sentido de

relación con los monumentos: la Antigüedad privilegiaba los monumentos religiosos producidos con una intencionalidad conmemorativa; el siglo XIX se interesó no solamente en los monumentos intencionales sino también en aquellos investidos de algún valor histórico y artístico; y finalmente, “el siglo XX parece ser aquel del valor de antigüedad” (Riegl, 1984 [1903], p. 56). Se observa una triple progresión de la noción de monumento: cuantitativa (del menos al más numeroso), diacrónica (según la época), y por último, cultural, relacionada con la capacidad de comprender el patrimonio como un instrumento de percepción de la época.

Queda una pregunta sin resolver: ¿se debe buscar una explicación al culto cada vez mayor hacia los monumentos, del lado de sus *concepteurs* (mecenas, poderes públicos, artistas...), o más bien, del lado de sus receptores, ya sean estos contemporáneos o posteriores a su erección? Esta es la pregunta que ha formulado oportunamente el etnólogo Daniel Fabre, en su comentario al texto canónico de Riegl:

El modo de presentación de Riegl conduce a una cierta confusión en lo que respecta al origen del valor dominante del monumento: ¿se encuentra esta próxima del *concepteur* o del receptor? La intencionalidad conmemorativa es la única en estar claramente

13. “Denominamos histórico, todo aquello que fue y que ya no existe” (Riegl, 1984 [1903]: 37) [N. del A.]

14. “Este nuevo valor de rememoración –al cual llamaremos desde ahora “valor de antigüedad”–, encuentra su significación más profunda en su pretensión de validez universal, la cual comparte con los valores sentimentales de la religión” (Riegl, 1984 [1903]: 46) [N. del A.]

situada en el campo del *concepteur*. La clasificación histórica es un hecho mixto: los expertos y el público –hoy en día– son quienes reestablecen el valor –en el sentido más estricto–, a las más dignas huellas del pasado; incluso si estas han sido sometidas a una relectura actual: es el caso, en particular, de los edificios religiosos. La antigüedad, por el contrario, se revela enteramente como un mero hecho de recepción (Fabre, 2000, p. 205).

Ante la ausencia de una especificación clara de estos diferentes niveles, toda tentativa por explicar el culto moderno del patrimonio permanece en el terreno de las hipótesis: y las hipótesis que allí surgen son tanto o más interesantes y sugestivas. Retendremos tres de ellas: la respuesta del historiador, la respuesta del sociólogo, la respuesta del antropólogo.

En lo que concierne a los historiadores, el surgimiento de la noción de monumento histórico ha sido explicada a menudo como una reacción a la destrucción: se aprecia lo que ha desaparecido, se empieza a amar aquello que ha dejado de ser, a querer conservar lo que ha sido destruido, en resumen, a apreciar “la belleza de lo muerto”, según la expresión popular acuñada por los historiadores al referirse a la cultura popular (De Certeau, Julia y Revel, 1970). En Francia, la expresión “monumento histórico” aparece por primera vez en una selección de antigüedades nacionales publicado en 1790; es justamente en la Revolución en donde

dicha noción encuentra su origen, constituyendo la aparente paradoja que subraya Dominique Poulot: la “conservación revolucionaria de las obras del *Ancien Régime*” como resultado de las destrucciones iconoclastas perpetradas a partir de 1789 (Poulot, 1985). Fue en nombre de la conservación que creció el interés por el patrimonio, así como creció también la indignación que produjo su saqueo (Pillement, 1943), aspirando, tal y como lo subrayaba un jurista, a “preservar las obras de arte contra los múltiples peligros que las amenazaban, y entre las cuales podemos citar: la ruina por abandono, el vandalismo por indiferencia, el despiece por avaricia, la desfiguración por ignorancia, la restauración por mal gusto, e incluso el vandalismo por ocultación” (Brichet, 1952).

En cuanto a los sociólogos, constatamos una hipótesis análoga surgida en los años 1980 paralelamente a la moda patrimonial: el interés por el patrimonio creció a la par con la destrucción, ya no por aquella otra violencia revolucionaria sino por la modernización industrial, principalmente luego de la Segunda Guerra Mundial. Entre muchos otros ejemplos que ilustran este tipo de análisis, vale la pena citar la síntesis propuesta por el economista Marc Guillaume:

El imperativo industrial permanece más que nunca a la orden del día en estos tiempos de competición mundial exacerbada: el imperativo de la conservación se encuentra subordinado a este, y son frecuentemente contradictorios. El eco que este último sus-

Figura 7:
Musée du Louvre
Vista del ala Sully desde
el interior de la Pirámide
Fotografía:
Andrés Avila.



15. “Desde un punto de vista sintético, pareciera que, por un lado, la articulación del siglo XIX y el siglo XX, y por otro, la década de 1970, constituyen dos periodos que se diluyen en la representación que los individuos hacen de ellos cuando se evalúa su importancia en el proceso general de modernización. La primera ruptura identificada es la que corresponde a la revolución industrial y a la urbanización; una segunda ruptura designa tanto un momento material como una ruptura en el orden cultural: esta se articula en los años 1960-1970, cuando un orden compuesto por normas y valores es roto en el marco general de una búsqueda de transformaciones en el seno de la sociedad industrial. Si los dos periodos descritos son puestos a un mismo nivel, esto se debe sin duda a que para la representación “popular” u ordinaria, aquellos están conectados por un hilo que representaría de manera amplia el término general de modernidad” (Glevarec, 2006: 27). Para un análisis agudo y enfocado de manera precisa sobre el impacto de las transformaciones en el mundo rural durante la última generación, cf. Dibie (2006) [N. del A.]

16. Godelier retoma así una proposición ya desarrollada en una obra anterior, *L'Enigme du don*, en la cual, apoyándose en los trabajos de la antropóloga Annette Weiner, afirma que existe un vínculo consustancial entre los objetos no vendibles –destinados a ser ofrecidos o a ser conservados– y la feminidad, por el hecho de que las mujeres son las gestoras privilegiadas de aquellos –al menos en las sociedades estudiadas– (Godelier, 1996: 50) [N. del A.]

cita es en realidad la expresión dolorosa de dicha subordinación y de la correspondiente contradicción: en últimas, una *protesta* contra la evolución económica y técnica que impone su ley a todos, incluido al poder político; una práctica *contra-dependiente* del consumo y de su lógica de lo efímero; una *reserva* con respecto a lo que es hoy en día percibido como inherente al futuro, y en particular, una tentativa por conjurar la pérdida de la historia propia del espacio nacional que se diluye en el sistema capitalista mundial (Guillaume, 1980, p. 12).

En el proceso general de modernización, algunos distinguen de manera más sutil la fase de urbanización y la fase de industrialización, por cuanto cada una de ellas ha engendrado indirectamente el apego hacia el pasado que se encuentra amenazado¹⁵.

Muy diferente es la respuesta del antropólogo, al elegir una espectacular generalización del problema tanto en lo que respecta al espacio, como al tiempo. Según Maurice Godelier, toda sociedad distingue tres categorías de cosas: aquellas que hay que vender, aquellas que hay que dar, aquellas que hay que guardar.

Para producir una sociedad es necesario combinar tres bases y tres principios: hay que ofrecer algunas cosas, hay que vender o intercambiar otras, y hay que guardar siempre algunas de ellas. En nuestras sociedades, vender y comprar se han convertido en las actividades dominantes: vender, es separar completamente las cosas de las personas; dar, es siempre mantener en la cosa que se da, algo de la persona que la da; al guardar, no se separan las cosas de las personas puesto que en dicha unión se afirma una identidad histórica que hay que transmitir, al menos hasta el momento en que dicha identidad no se pueda ya reproducir. Es debido a las diferencias entre estas tres operaciones –vender, dar, conservar para transmitir–, que los objetos se presentan de acuerdo con estos tres contextos, bien sea como cosas alienables y enajenadas (mercancías), bien sea como cosas inalienables pero enajenadas (objetos de donación); bien sea como cosas inalienables y no enajenadas (por ejemplo,

los objetos sagrados, los textos de ley¹⁶ (Godelier, 2007, pp. 87-88).

“Conservar para transmitir”: tenemos aquí la definición exacta de todo patrimonio, sea este familiar, nacional o internacional. Y basta con reemplazar en el párrafo siguiente, las palabras “dios” o “espíritus” por “antepasados” o “predecesores”, para constatar que este análisis se aplica perfectamente a la noción –tan familiar en nuestras sociedades occidentales modernas–, de “patrimonio”:

Refrámonos a las cosas que no deben ser vendidas ni cedidas sino que deben ser guardadas, como por ejemplo, los objetos sagrados. Estos se presentan frecuentemente como legados que habrían sido entregados a los ancestros de los hombres por dioses o espíritus, y que los hombres actuales, sus descendientes, deben guardar preciosamente, sin venderlos ni cederlos. De esta manera, dichos objetos se presentan y son vividos como elementos esenciales de la *identidad* de los grupos y de los individuos que los han recibido como depositarios (Godelier, 2007, pp. 82-83).

En otras palabras, el patrimonio constituye la versión inmanente y laicizada del objeto sagrado: aquel que como “fuente de poder, en y sobre la sociedad”, se presenta –a diferencia del objeto de valor– “como inalienable y no enajenado”. En resumen, el culto moderno del patrimonio sería, a la luz de este análisis, la consecuencia de una “transferencia de sacralidad”, en la cual el objeto patrimonial toma el lugar del “tesoro” religioso o real, dentro del sistema simbólico de las sociedades modernas sometidas al proceso de “desencantamiento” analizado por Marcel Gauchet (1985) –después de haberlo hecho Max Weber–.

Mi intención no es, sin embargo, explicar las causas de la inflación patrimonial, sino describir y comprender las modalidades de esta: el “cómo” reemplaza aquí el “por qué”, puesto que existen diferentes maneras de abordar la cuestión del patrimonio, y cada una de ellas aporta sus propias zonas de sombra así como de luces. Pasemos revista rápidamente a estas, antes de concluir esta introducción con algunas precisiones metodológicas para uso de los investigadores en ciencias sociales¹⁷.



Maneras de definir el patrimonio

Finalmente, ¿qué es entonces el patrimonio? Es esta la cuestión a la cual este libro intentará responder, a su manera. Pero para permitir al lector situar correctamente esta “manera”, es conveniente reposicionarla en el conjunto de posturas posibles que se plantean frente a este tipo de cuestiones.

Una primera forma de responder a la pregunta “¿Qué es el patrimonio?” deriva de la tradición filosófica: esta consiste en discernir por medio de la reflexión abstracta, los rasgos propios a la noción de patrimonio, bien sea *a priori* –según un enfoque ontológico–, bien sea *ex post* –según un enfoque analítico–. Justamente de esta última postura se desprende la obra clásica de Aloïs Riegl sobre el culto de los monumentos, que propone una tipología de monumentos históricos que sigue siendo aplicable a lo que hoy en día denominamos “patrimonio”. Es importante anotar que el enfoque ontológico es consustancialmente normativo: al definir lo que por principio “es” un objeto patrimonial, se ofrecen al mismo tiempo los medios para decir si tal o cual objeto “es” o “no es” un objeto patrimonial –en el sentido de “deber ser considerado como”–, en tanto este corresponda a dicha definición y por lo tanto sea susceptible de ser *calificado* como tal, en el doble sentido de “definido” y de “valorizado”.

Una segunda forma de definir el patrimonio se desprende de un análisis de los objetos, y se construye a partir de la descripción de una variedad de elementos considerados como provenientes de la categoría en cuestión: es así como la historia del arte establecía un corpus de objetos patrimoniales para someterlos al análisis iconográfico, iconológico o estilístico. En este punto, la bibliografía resulta innumerable por cuanto dichos estudios abundan incluso si estos son detallados, o por el contrario, si son sintéticos. En estos casos la dimensión normativa puede ser explícita cuando la descripción va acompañada de un comentario sobre el valor estético; o implícita, cuando la elección del objeto y la minuciosidad del trabajo que se efectúa sobre este son suficientes para indicar dichos valores a ojos del historiador del arte.

Una tercera modalidad de definición es de orden expresa y unilateralmente normativo: consiste en dictar los principios según los cuales debe ser llevada a cabo toda acción en favor del patrimonio. La pregunta deja de ser “¿Qué es el patrimonio?” para ser traducida de otra forma: “¿Cómo deben ser seleccionados y protegidos los objetos patrimoniales?”: así, se sale del ámbito académico para entrar en el terreno de la política o de la administración cultural, operando con leyes y decretos, directivas y manuales para el uso de los “operadores” del patrimonio, es decir, de aquellos que lo administran o quienes

Figura 8:
Mont-Saint-Michel
Vista del acceso al
Monte Saint-Michel,
en la región de Baja
Normandía.
Fotografía:
Andrés Avila.

17. La presente traducción no incluye la sexta y última parte titulada “Questions de méthode” [N. del T.]

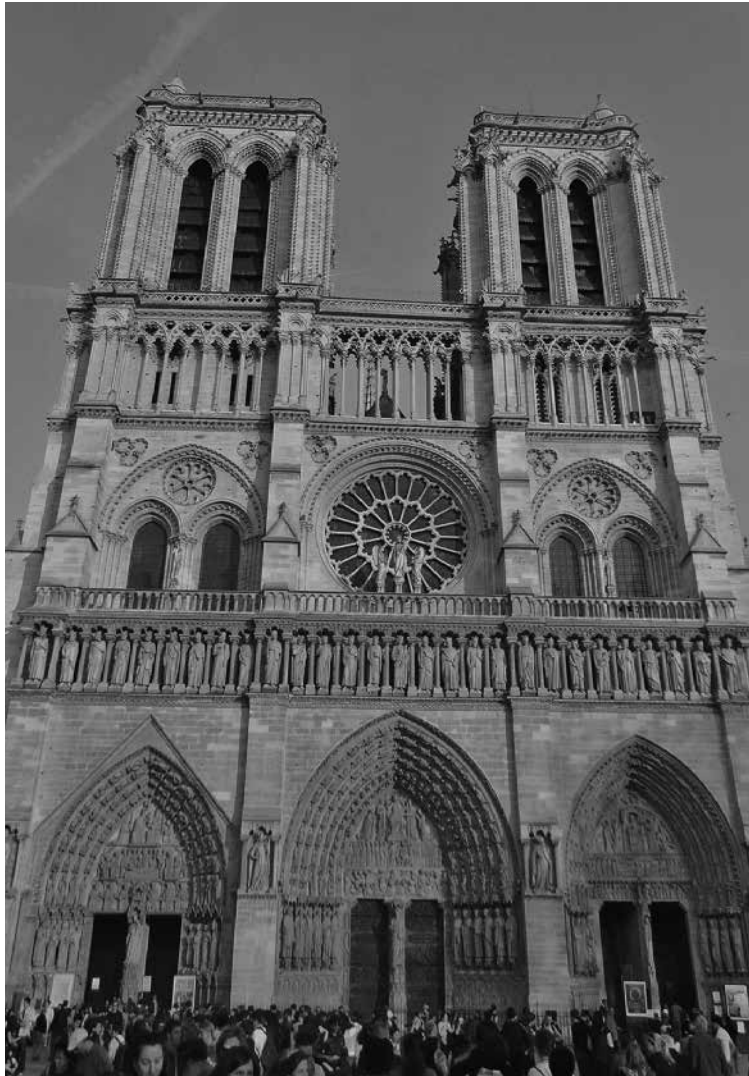


Figura 9:
Cathédrale Notre-Dame de Paris
Fachada principal de la Catedral de Notre Dame, Paris.

Fotografía:
Andrés Avila.

18. Ver por ejemplo: Monique Chatenet (1993), "Rapport de synthèse: les méthodes d'enquête et de sélection"; Xavier de Massary (2001), "Sélection raisonnée et connaissance globale du patrimoine bâti"; Jean-Marie Pérouse de Montclos (1984), "Problèmes de méthode: la sélection et la description des œuvres"; Nicole de Reyniès (1984), "L'inventaire des œuvres mobilières"; Yves-Jean Riou (1984), "Inventaire et documentation, inventaire et publication" [N. del A.]

lo estudian. Todo esto abarca desde el informe parlamentario (como el presentado por Yann Gaillard al Senado en 2002), hasta el artículo de encuadre (como el realizado en 1964 por André Chastel sobre "El problema del inventario general"), pasando por la discusión de métodos¹⁸, e incluso, en un nivel mayor de generalidad, por la invocación filosófica de los valores que se deben defender en materia de política patrimonial, como en el caso del famoso *Museo imaginario* de André Malraux en 1965.

Un cuarto enfoque, más reciente dentro de las disciplinas intelectuales, procede fundamentalmente de la historia cultural: este enfoque se interesa más por las representaciones del objeto que por el objeto en sí mismo, y estudia las definiciones autorizadas que hemos evocado aquí –concepciones filosóficas, comentarios estéticos, directivas políticas o administrativas–, con el fin de extraer de allí los principios subyacentes. En

ese punto no nos encontramos ya en la reflexión abstracta característica del metafísico, ni en la descripción razonada de los objetos tan estimada por el historiador del arte, como tampoco en la labor práctica del administrador: arribamos más bien al análisis de textos, propio del historiador de las representaciones. Este tipo de estudios se ha desarrollado considerablemente a partir de los años 1980, época en la cual el patrimonio, en Francia, fue objeto de una intensa inversión colectiva, y a la vez financiera, administrativa, axiológica e intelectual. A partir de 1994, los "Diálogos del patrimonio", organizados periódicamente bajo la tutela de destacados investigadores, otorgaron a dichos estudios un marco institucional, oscilando entre la historia pura –una vertiente descriptiva– y el panfleto –una vertiente normativa–. El fenómeno de la inflación patrimonial ha atraído críticos –como Régis Debray (1999), quien ha estigmatizado "el abuso monumental" y la "tragedia" de la transmisión patrimonial– frente al riesgo potencial de ver transformado el territorio de los vivos, según la célebre imagen sugerida por Borges, en un vasto mapa trazado a la misma dimensión del territorio, con el fin de asegurar en este su inmortalización.

Los enfoques quinto y sexto surgen de la sociología, en la medida en que los dos abordan con métodos propios de la investigación empírica en las operaciones, tanto los operadores como las operaciones de la patrimonialización, sin limitarse a los principios enunciados de manera abstracta ni a los corpus así constituidos; y sin embargo, los dos enfoques resultan bien diferentes.

El primero proviene de una sociología explicativa de los discursos y de las prácticas de patrimonialización, que se interesa en la relación entre el patrimonio y sus determinantes exteriores: edad, sexo, origen social, nivel de estudios, religión, etc. Es justamente a esta corriente a la cual la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu (1979) ha concedido sus cartas de nobleza al incorporar una dimensión crítica, ya sea subrayando la "violencia simbólica" asociada a toda iniciativa de "legitimación", o bien, al desidealizar las alternativas patrimoniales vinculadas no a principios o a valores según la causalidad invocada por los actores (del tipo: "Tal objeto pertenece al patrimonio debido a su antigüedad"), sino a intereses y a "posiciones en el terreno" según la lógica revelada por el sociólogo (del tipo: "Sus orígenes

sociales predisponen a tal actor a privilegiar el criterio de antigüedad”).

El sexto y último enfoque, no proviene de la misma tradición sociológica, que es, sin embargo, la que nos concierne aquí, y que describe las operaciones de patrimonialización procurando explicarlas no por causalidades externas sino explicitando las *razones*, los principios efectivos, las lógicas seguidas de forma más o menos consciente por los actores en cada situación concreta de confrontación con un objeto susceptible de patrimonialización. Se trata, pues, de *entender* las operaciones patrimoniales en su significación con apego a todas las componentes de la situación observada –palabras, gestos, objetos, acciones de todo orden. Esta es la perspectiva llamada “compreensiva”, a la cual se suma una metodología cercana a la vez tanto a la etnología (ver por ejemplo Rozier, 1996; Bonnot, 2004; Tornatore, 2004) como a una corriente recientemente desarrollada en sociología: la de la sociología “pragmática”.

Es necesario precisar que estas seis maneras de definir el patrimonio no son categorías que seccionan el repertorio de elementos según el principio discontinuo de exclusión/inclusión, sino que constituyen, más bien, tipos que organizan su distribución en torno a ejes continuos. En este orden de ideas, y según la tradición weberiana

(Schnapper, 1999), un texto –o cualquier otro elemento extraído de la realidad– puede provenir de diversos tipos en tanto posea rasgos que pertenezcan a unos y otros, caso en el cual será escasamente “típico”, mientras que un texto que corresponde a un rasgo determinante principal será “típico”. La existencia de textos heterogéneos –por ejemplo, entre especulación filosófica y descripción histórica, o entre prescripción normativa y reflexión sobre principios– no invalida la tipología que, como toda tipología, no delimita fronteras sino que resalta el espacio de las que son posibles, precisando en cada una de ellas las orientaciones.

Bibliografía

(citada por la autora en el extracto traducido)

- Agnus, J.-M. y Zadora, E. (1987). *Repères sur les monuments historiques protégés*. Paris: La Documentation Française.
- Aguilar, Y. (1982, avril). La Chartreuse de Mirande. Le monument historique, produit d'un classement de classe. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 42.
- Bonnot, T. (2004, avril-juin). Itinéraire biographique d'une bouteille de cidre. *L'Homme*, 170.

Un enfoque crítico

Encontramos un ejemplo de esta postura crítica aplicada a la cuestión patrimonial en un artículo publicado en 1982 en la revista *Actes de la recherche en sciences sociales*, titulado “*La Chartreuse de Mirande. Le monument historique, produit d'un classement de classe*”. El autor del texto interpreta la acción patrimonial, en primer lugar, como una operación de reproducción de privilegios por parte de los propietarios que permite “a grupos socialmente homogéneos y localizados de manera precisa, conservar intacto su entorno cotidiano, reproduciéndolo y evitando compartirlo”. En segundo lugar, como una operación de conservación de un “orden social” y de un “orden estético” (“bajo el pretexto de la conservación de formas clasificadas de este modo, la clasificación puede ser también utilizada para salvaguardar un espacio arquitectónico, y así, un espacio social: la conservación de un orden social que va acompañado por la conservación –garantizada por el derecho– de un orden

estético”). En tercer lugar, la acción patrimonial es vista como una forma de utilización del arte para fortalecer el “capital social” por medio del “capital simbólico” (“solo parece determinante el interés privado de una familia que se beneficia, al menos localmente, de un fuerte capital social y para la cual, la clasificación asegura además de un fortalecimiento del capital simbólico a través de la obra de arte –reconocida y por ello clasificada– las subvenciones para su perpetuación”). En cuarto lugar, es vista como una operación de manipulación interesada del derecho que “sirve o puede servir como coartada a un grupo social para imponer las formas urbanas que perpetúen aquello a lo que sus individuos están habituados. La conclusión es evidente: “lo bello no es una categoría inefable, que sería una simple información, sino que es por el contrario el juicio social de un momento, producido por una clase social que tiene el derecho de hacerlo” (Aguilar, 1982, pp. 79-86).

- Bortolotto, C. (2007). From objects to processes: Unesco's intangible cultural heritage. *Journal of Museum Ethnography*, 19.
- Bourdieu, P. (1979). *La Distinction. Critique sociale du jugement*. Paris: Editions de Minuit.
- Brichet, R. (1952). *Le Régime des monuments historiques en France*. Paris: Librairies Techniques.
- Chatenet, M. (1993). Rapport de synthèse: les méthodes d'enquête et de sélection. *Patrimoine architectural: méthode d'inventaire et de documentation en Europe*, 28. Strasbourg: Editions du Conseil de l'Europe.
- Ciarcia, G. (2006, décembre). La perte durable. Etude sur la notion de patrimoine immatériel. *Les Carnets du LAHIC*, 1.
- Csergo, J. (1997). La constitution de la spécialité gastronomique comme objet patrimonial en France, fin XVIII°-XX° siècle. En Grange, D. y Poulot, D. (dir.) *L'Esprit des lieux. Le patrimoine et la cité* (pp. 183-193). Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.
- Davallon, J. (1991). Produire les hauts lieux du patrimoine. En Micoud, A. (dir.) *Des hauts lieux. La construction sociale de l'exemplarité* (pp. 85-102). Paris: Editions du CNRS.
- De Certeau, M., Julia, D. y Revel, J. (1970). La beauté du mort: le concept de culture populaire. *Politique aujourd'hui*, 12.
- De Massary, X. (2001). Les inventaires avant l'inventaire. En Melot, M. y Verdier, H. (dir.) *Principes, méthode et conduite de l'inventaire général* (pp. 145-151). Paris: Editions du Patrimoine.
- De Reyniès, Nicole (1984). L'inventaire des œuvres mobilières. Actes du colloque *Les inventaires des biens culturels en Europe, Cahiers de l'Inventaire*. Paris: Nouvelles Editions Latines.
- Debray, R. (1999). Le monument ou la transmission comme tragédie. En Debray, R. (dir.) *L'Abus monumental. Actes des Entretiens du patrimoine* (pp. 11-32). Paris: Fayard / Editions du Patrimoine.
- Desvallées, A. (1995). Emergence et cheminements du mot «patrimoine». *Musées et collections publiques de France*, 208.
- Dibie, P. (2006). *Le Village métamorphosé. Révolution dans la France profonde*. Paris: Plon.
- Donnat, O. (1998). *Les Pratiques culturelles des français. Enquête 1997*. Paris: La Documentation Française.
- Dussaule, P. (1974). *La Loi et le service des Monuments historiques français*. Paris: La Documentation Française.
- Fabre, D. (2000). L'ethnologie devant le monument historique. En Fabre, D. (dir.) *Domestiquer l'histoire. Ethnologie des monuments historiques* (pp. 1-29). Paris: Ministère de la Culture et de la Communication / Editions de la Maison des sciences de l'homme.
- Fermigier, A. (1986). Mérimée et l'inspection des Monuments historiques. En Nora, P. (dir.) *Les Lieux de mémoire*, II (pp. 593-611). *La Nation*, Paris: Gallimard.
- Gauchet, M. (1985). *Le désenchantement du monde. Une histoire politique de la religion*. Paris: Gallimard.
- Glevarec, H. y Saez, G. (2002). *Le Patrimoine saisi par les associations*. Paris: La Documentation Française.
- Glevarec, H. (2006). Le nouveau régime d'historicité porté par les associations du patrimoine. En Crivello, M., Garcia, P. y Offenstadt, N. (dir.) *Concurrence des passés. Usages politiques du passé dans la France contemporaine* (pp. 22-36). Aix-en-Provence: Presses de l'Université de Provence.
- Godelier, M. (1996). *L'Enigme du don*. Paris: Fayard.
- Godelier, M. (2007). *Au fondement des sociétés humaines. Ce que nous apprend l'anthropologie*. Paris: Albin Michel.
- Goodman, N. (1990 [1968]). *Langages de l'art*. Nîmes: Jacqueline Chambon.
- Greffé, X. (2003). *La Valorisation économique du patrimoine*. Paris: La Documentation Française.
- Guillaume, M. (1980). *La Politique du patrimoine*. Paris: Galilée.
- Hartog, F. (2003). *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. Paris: Editions du Seuil.
- Jeannot, G. (1988). *Du monument historique au patrimoine local. Histoire des sociétés savantes et associations de sauvegarde du patrimoine en France depuis 1945* (thèse de doctorat). Paris: Université Paris - VIII.
- Lamy, Y. (dir.) (1992). *Le Pouvoir de protéger. Acteurs, approches et enjeux du patrimoine*. Talence: Editions de la Maison des sciences de l'homme d'Aquitaine.
- Leniaud, J.-M. (2002). *Les archipels du passé. Le patrimoine et son histoire*. Paris: Fayard.

- Leniaud, J.-M. (2007). Patrimoine. *Encyclopaedia Universalis*.
- Pérouse, J.-M. (1984). Problèmes de méthode: la sélection et la description des œuvres. Actes du colloque *Les inventaires des biens culturels en Europe, Cahiers de l'Inventaire*. Paris: Nouvelles Editions Latines.
- Pillement, G. (1943). *Saccage de la France*. Paris: Grasset.
- Poulot, D. (1985). Naissance du monument historique. *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 3, 418-450.
- Poulot, D. (1997). *Musée, nation, patrimoine*. Paris: Gallimard.
- Poulot, D. (2001). *Patrimoine et musées. L'institution de la culture*. Paris: Hachette.
- Poulot, D. (2006, novembre). De la raison patrimoniale aux mondes du patrimoine. *Socio-anthropologie*, 19.
- Riegl, A. (1984 [1903]). *Le Culte moderne des monuments: son essence et sa genèse*. Paris: Editions du Seuil.
- Riou, Y.-J. (1984). Inventaire et documentation, inventaire et publication. Actes du colloque *Les inventaires des biens culturels en Europe, Cahiers de l'Inventaire*. Paris: Nouvelles Editions Latines.
- Rozier, S. (1996). La fabrique du patrimoine: interprétations et usages de la citadelle de Blaye. En Lamy, Y. (dir.) *L'Alchimie du patrimoine. Discours et pratiques* (pp. 491-523). Talence: Editions de la Maison des sciences de l'homme d'Aquitaine.
- Schnapper, D. (1999). *La Compréhension sociologique. Démarche de l'analyse typologique*. Paris: PUF.
- Sire, M.-A. (2005 [1997]). *La France du patrimoine. Les choix de la mémoire*. Paris: Gallimard / Monum.
- Tornatore, J.-L. (2004, avril-juin). Beau comme un haut fourneau. Sur le traitement en monument des restes industriels, *L'Homme*, 170.
- Untermaier, J. (1986). La qualification des biens culturels en droit français. En Jegouzo, Y. (dir.) *Droit du patrimoine culturel immobilier* (pp. 39-52). Paris: Economica.

